

UN RENACER AUTÉNTICO

Mi dueño me quita mis rasguños y me limpia el pantano que tengo alrededor, aunque no me gusta mucho por las cosquillas que me hace me toca soportarlo en homenaje a él, porque fue quien me enseñó todo lo que sé. Fue quien un día me sacó de la desesperación en que me encontraba, ya que todo mi pasado no fue muy feliz, pero prefiero no recordarlo mucho para no mortificarlos demasiado.

Todo comenzó en un lugar muy feliz en el cual podía departir con mis compañeras con total agrado, no había una de nosotras que no reluciera por la belleza con que fuimos creadas, nunca existió una señal de maltrato en nuestro bello chasis, nos querían mucho. Lo mejor de todo era aquella vista, la de la calle, la cual siempre añoraba tocar con lo más profundo de mis neumáticos y aunque estuviera detrás de un vidrio, sentía el roce de las palmas de las manos que a la distancia nos acariciaban con gran ilusión y frenesí, veía las aves volando y ello me motivaba a pensar que algún día en mi futuro sería capaz de desarrollar tal velocidad e ir a su lado.

Aunque me gustaba mucho mi hogar, siempre guardaba la esperanza de que llegase a tocar a mi puerta tal príncipe azul, pero no todo es como uno quiere en la vida.

Fue así que cierto día bruscamente la puerta se abrió y ante mí apareció un personaje con grotesco rostro, quien al verme de inmediato a mi cuidador un fajo de billetes entregó. Ese día contra mi voluntad y a empujones abandoné mi hogar de cristal, presintiendo que se avecinaba una desgracia que quizás no podría soportar, y aunque la aceleración de todo mi motor fue estruendoso, no disfruté aquel lugar que tanto había soñado, suplicaba y lloraba, pero nadie me escuchaba.

Los días y las noches fueron de duro y extremo trabajo, a veces hasta agonizando por una gota de gasolina estaba, mis extremidades crujían debido a la falta de lubricante, tanto fue mi miedo que a veces quería no arrancar más.

La velocidad siempre por encima de cien estaba, me enseñó mi amo a no respetar a mis compañeras de vía y también a que cualquier lugar por donde cupiese sería una vía óptima para escapar. Mi habitación estaba llena de partes de otros seres, creo que eran de mí misma especie por los quejidos y llantos que en la oscuridad escuchaba.

Las noches se hacían tan frías que añoraba con agrado las mantas que antes en la vitrina me abrigan, pero lo peor de esos momentos es que cada vez que amanecía estaba cubierta de rasguños, la verdad no sabía de dónde venían, pues el cansancio me dominaba y en la noche nada sentía.

Así transcurrió el tiempo y todos los días eran iguales, patadas iban y venían, también poca comida me daban, sin contar las violaciones a las normas establecidas que eran el pan de cada día. Así pues, me fui deteriorando poco a poco de tal manera que mi cuerpo no era más que un andrajoso montón de latas y mi dueño tomó la decisión final de abandonarme en una tienda de segunda mano.

El lugar era horrible y goteaba a montones, esto ocasionó que la humedad subiera por las cadenas que me ataban y se apoderara poco a poco de mí, fue así que de tal sufrimiento una terrible enfermedad adquirí, el mal del hipo atacó mi motor y entre más me asustaba, más hipo me daba. Fue horrible ver como a otras iguales a mí sus partes les mutilaban, muy a menudo esperé mi final, pero la vida por fin algo bueno me guardaba.

Un día de aquellos que el sol madrugó a entrar por las hendiduras de aquel sitio donde me encontraba, escuché unas voces que de lo lejos se acercaban, de pronto se abrió la puerta y en su marco un chico apuesto apareció, sus manos me acariciaron de inmediato al verme y sus ojos color avellana se iluminaron, quise gritarle que yo era la que él buscaba y la que en mejor estado me encontraba, fue amor a primera vista.

Aquel joven las ataduras me quitó y pagó lo poco del valor que por mí pedían, pero al salir de aquel horrible lugar un pequeño problema sucedió, como hacía

tiempo que a la calle no salía, se me trabaron los cables y el pánico me atacó y con el hipo se desbordó.

Al fin ese día juntos lo superamos y en las siguientes salidas mi dueño con cuidado me trató, poco a poco fue limpiando mí cuerpo y el color a mis latas volvió y hasta el nombre que antes por la mugre se había ocultado ahora “Auteco” reluciente se mostró, no tenía ya rasguños. Siempre a mi dueño en mi cajonera su casco y chaleco le llevaba, mientras que él muy pacientemente las señales de tránsito me enseñaba, junto a él aprendí a saludar y a los espacios respetar, a ir despacio, pues tarde o temprano al mismo lugar habría de llegar.

Con el tiempo el temblor en mis llantas desapareció y el hipo en coraje y disciplina se convirtió, lo más fundamental que aprendí fue a tener una movilidad segura, y así es como ahora soy igual de hermosa que antes con ayuda de mi dueño, pero conocedora de las normas y por ello es que mi historia me atreví a escribir.

Fin

Autor: Morita